

del rico metal encontré en mi casa; pero me resistía a incluir en el lote la medalla conmemorativa del discurso de Maura, porque estaba encariñado con ella en tantos años de usarla como colgante y porque era para mí un recuerdo de aquel gran hombre. No obstante, llegado el momento de ir a hacer la entrega, empecé a vacilar. En mis manos tenía la medalla y mis ojos miraban la efigie de don Antonio. Cuando iba a guardarla para quedarme con ella, lei la frase grabada allí; «Sólo por el amor abnegado de sus hijos, vive la patria».

Parecía como si un eco de su voz resonase en mis oídos, conminándome a hacer el sacrificio. «Amar con abnegación a la patria», me había dicho él. La mejor ofrenda a la memoria de don Antonio Maura y el mejor destino que podía dar a aquel recuerdo, era ofrecerlo a España. Y para España entregué, con los demás objetos, alegre por poder ofrecerle un sacrificio, la medalla de oro.



Doncel de Santiago⁽¹⁾

...Y Jesús, poniendo en él los ojos, le amó y le dijo:
«Una cosa te falta: anda, vende cuanto tienes y dalo
a los pobres, y ven y sígueme»

San Marcos, X, 20, 21.

Vestido de armas blancas,
con los gamos del alba besándole la frente
y los cabellos, blandos, peinados por los dedos
angostos de la brisa de la primera aurora;
como agudo picacho, como dardo de piedra
con la cumbre nevada del todo inaccesible,
sin pecado de huellas,
el cándido impoluto limpio de abajamientos;
como un joven San Jorge
con la adarga rendida y descubierto el pecho
y, en la diana roja,
la llama de Francisco caridando al hermano;
sin zurrón ni escarcela:
como el lirio y el pájaro de los que el Padre cuida:
con un volcán de fuego en las entrañas hondas
prietas de berrocales;
con un nido de alondras en el tierno posido
cantándote alboradas en los amaneceres;
con el norte, que riege un camino de estrellas
como lunas azules, que en los ojos te engarza
el lucero de plata de la mañana nueva;
en los labios, el verbo
tiene el ímpetu ardiente y la palabra amiga,
sin hiel ni diente agudo de reptil ni de fiera,
y el aliento suave de pan sin levadura
comido muy temprano;

con el andar seguro por la vereda estrecha
gozoso del otero, del alcor, de la cumbre
al horizonte abiertos;

con el músculo alerta y el fulgor encendido
en las limpias pupilas de tu insomne atalaya
—que no pecaron siesta ni murieron holganza
y velaron las armas en largas centinelas—
a lo lejos dominas abiertas lejanías,
con visiones posibles sólo desde tu altura,
mientras late con ritmo de recio bataneo
el pulso de tu arteria por los cauces del mundo;

hecha bordón la lanza, descalzada la espuela,
tan sólo el acicate de luz en la retina
y en el alma un zureo de palomas torcaces;

con la espiga y la rosa en la mano tendidas,
—como dijo el poeta de otros conquistadores—
con los diez Mandamientos,

con un eco sencillo de azul Ave María
saludando a los hombres
y a un joyel de luceros rojos, blancos y verdes;
nacidos de las sangres heroicas del martirio
de los que van delante,

de las cándidas Hostias de los que reclinaron
cabe el ara la frente,

y de las esperanzas de lucha y de victoria
de los que son milicia más cerca de la tierra.

Como un sueño de nubes, te aureolan la frente
las alas del Arcángel que vuelan sólo arriba
y, en las aradas vírgenes de tu blanca senara,
fructifican ejemplos de ascéticas virtudes
como en la flor de jara brotan cinco carmines
y la miel aromosa con la color morena.

En la alegre vigilia del servicio sin pausa,
bien ardido en la fragua de los amores limpios,
sin lastre de la escoria,

templaste el acerado resorte de la reja
y, clavada en el surco, sin látigo ni aijada,
con un ¡alá! bizarro, alegre y caricioso,
vas arando constante la tierra hacia lo alto
y, en la loma cimera,
enciendes luminarias como vivos carbunclos
y cantas al Altísimo con sergas como llamas
y, en sencillos decires,
enseñas los tesoros de saberes arcanos.

Entendiste la vida
y sabes el reposo, allí, tras de la muerte
y, después, por la ruta revolada de ángeles,
la infinita armonía de las eternas dichas.

Por eso vas seguro, arrogante y resuelto,
vestido de armas blancas, sin blasón en la adarga
porque Dios te lo puso en la comba del cielo,
destocada la frente
y azul el gallardete rizándose a la brisa
campeando aventuras e inmortales hazañas,
liberando cadenas,
corrigiendo torpezas y torcidos senderos,
levantando al que tiene el ánimo vencido,
y al que tome la noche,
al que rompe de ira el cristal de las flores,
al que mancha la espuma de la blanca gacela,
al que hieren los dedos como garras neblíes
y al que rinde lo largo del camino desnudo.

Por eso vas cautivo
de la impar hermosura de la más Alta Dama
con la herida de ausencia brotada de panales
y, en el rumor de abejas del hondo relicario
donde guardas la imagen gentil de la Señora,
le rindes pleitesías de inefables ternuras

mientras que, con la mano descalzada del hierro,
la almena de la frente y el recio baluarte
del pecho sin fisura, rastrillo ni saetera
mantienes su Pureza y la Asunción gloriosas
hasta el último aliento.

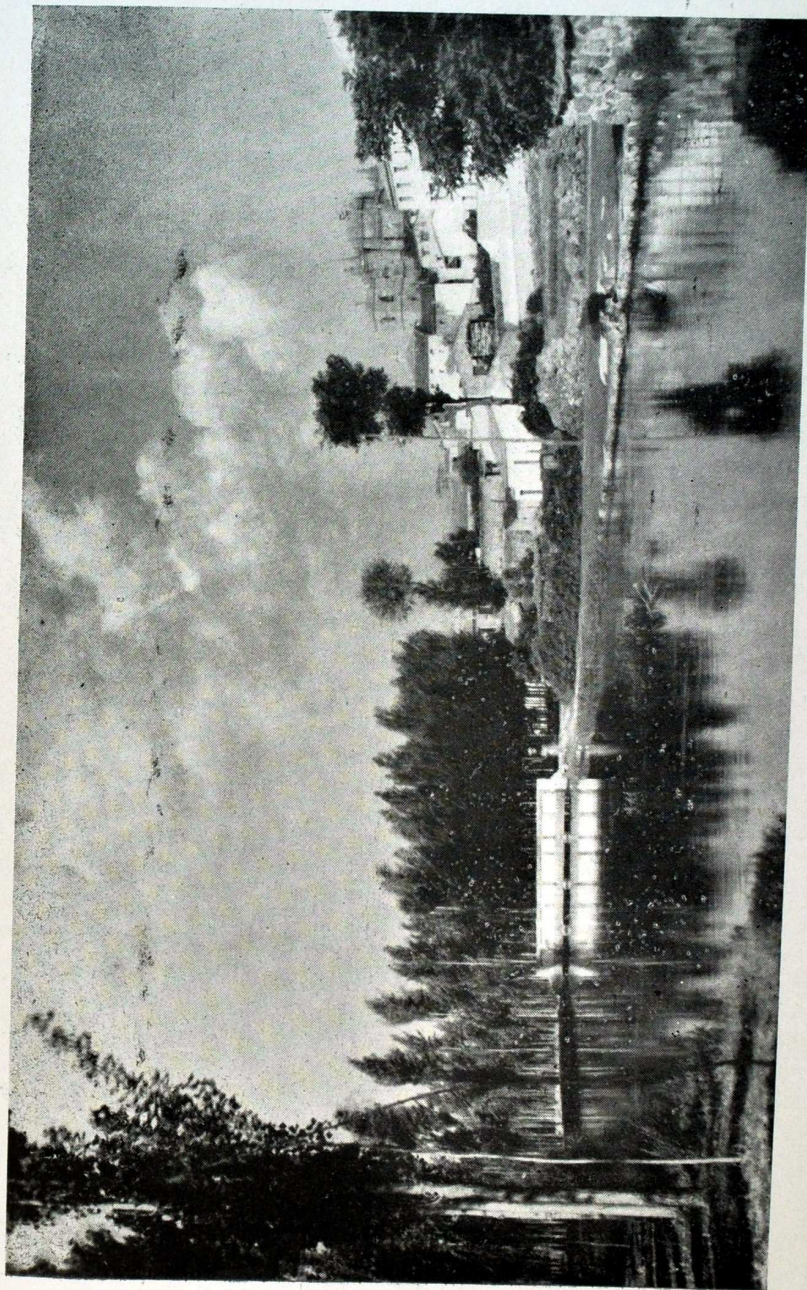
Por eso vas, bizarro,
doncel adelantado de esta empresa de arcángeles,
bien veladas las armas, con el ánimo a punto,
a que el alma de fuego del Apóstol de Cristo,
aquel Señor Santiago,
que tú peregrinaste por caminos de estrellas,
te dé su espaldarazo y te arme caballero.

José CANAL



(1) Poesía premiada con la Flor Natural en los Juegos Florales convocados por la Juventud Masculina de Acción Católica de Cáceres, con motivo de las Bodas de Plata de su fundación.

«ALCANTARA» se complace en reproducir en sus páginas esta inspirada composición y felicita muy cordialmente al autor por tan merecido triunfo.



ALBUM EXTREMEÑO: La Isla, de Plasencia (Cáceres). — Foto Javier